

## EL (SIN)SENTIDO DEL ESCRIBIR.

Una de las acepciones de la Real Academia Española, RAE, define la Información como la “comunicación o adquisición de conocimientos que permiten ampliar o precisar aquellos que ya se poseen sobre una materia determinada”. Así pues, la Información está constituida por grupos de datos ya supervisados y ordenados, que sirven para construir un mensaje basado en un cierto fenómeno o ente. Desde esta perspectiva, es evidente que la información es aquello que permite resolver problemas y tomar decisiones, toda vez que su uso racional es la base del Conocimiento. Por otro lado, si entendemos el Conocimiento, como aquella información adquirida a través de los tiempos respecto a asuntos referentes a la realidad, se entiende que la misma RAE, defina Conocer como “averiguar por el ejercicio de las facultades intelectuales la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas”, y que Saber, refiera “a tener noticia o conocimiento de algo”, que en este caso sería comprender el ser y suceder de las cosas.

A las puertas de la tercera década de siglo XXI, e iniciando la cuarta revolución industrial, nos encontramos en el epicentro de una Sociedad de Información que nos prometía aumentar nuestro nivel de conocimientos, un acceso más expedito a los mismos, nuevos bienes y servicios consecuencia de esos saberes, y en definitiva un aumento en la calidad de vida de los habitantes del planeta. Sin embargo, lo que estamos empezando a observar, es un no despreciable nivel de saturación de información que está provocando un crecimiento exponencial de ideas, datos y criterios cuya función última deja de ser la información como expresión de un conocer en tanto función denotativa, e irrumpe como un pseudo conocimiento, que al servicio de una función connotativa se convierte en un instrumento de poder. En consecuencia, resulta la paradójica situación de que a mayor volumen de información ésta se hace cada vez menos significativa -en parte por el hecho de que la información relevante termina siendo fagocitada por los ingentes volúmenes de información acumulada- al punto que se ha acuñado el neologismo *infoxicación* para describir la intoxicación informacional y de contenidos a la cual estamos expuestos cotidianamente.

Por ello, no debiera extrañarnos la instauración de la Posverdad o mentira emotiva como uso cotidiano, ni que se haya acuñado la noción de “relatos” como eufemismo de engaño y colusión, ni que la Realidad se haya relativizado para designar cualquier creencia con estatus de real, y mucho menos el hecho de que la saturación de información genere un grado de ignorancia tal, que anule la capacidad de reflexión, de crítica, de pensar, de dudar y de soñar.

Más curioso resulta aún, considerar que esto hubiese sucedido solo desde los últimos 250 años, a partir de la confluencia del desarrollo de la imprenta, de la producción masiva de libros y de la capacidad de lectura de una población hasta ese entonces analfabeta; y que dicha información se hubiese construido en base a una matriz de supuestos saberes plagados de ucronías y *pars pro totos*. Porque huelga decir, que gran parte del conocimiento sobre el cual estamos erguidos corresponde a visiones parciales, ideologizadas, artificiales, acomodadas, resultado de intestinas guerras hegemónicas, sustentadas en ideologías que explotaron el elemento valórico como medio de sugestión, convencimiento y dominación, y que se fueron plasmando por medio de un terrorismo del sufrimiento, primero, y de una idealización de un deseo después, en versiones cada vez más sofisticadas de la fábula del “garrote y la zanahoria”, aunque en su presentación formal, se la llamara “el desarrollo de la cultura o de las ciencias”. De hecho, esto último, es muy poco conocido. El origen, fidelidad, veracidad, de textos de más de 300 años de antigüedad, sujecionadas a una lógica del poder, sesgadas, mutiladas, presentadas como “verdaderas” es una impronta que atraviesa los discursos de cualquier disciplinas, las que finalmente terminan validándose por una praxis eficaz, desde la invención de las armas como herramienta de dominación, hasta los descubrimientos urgentes frente a las catástrofes vitales

y de sobrevivencia, impactando en la alimentación, abrigo, salud, convivencia social, y así sucesivamente.

Por ello, parece imposible entender la naturaleza de la Información, sin comprender la relación que ella guarda con las estructuras de Poder. Parafraseando a Bion, se podría aplicar a la Información la cualidad de “mística” en tanto cualidad excepcional portadora de una fuerza disruptiva cuya cualidad creativa permite revertir un orden establecido, y en base a ello entender la relación de la Información con el Poder, por un lado, y con el Conocimiento, por otro, ya sea en sus aspectos fagocitantes, comensales, parasitarios, simbióticos o mutuales. Sin embargo, la ausencia de una “vox temporare”, que permita romper las cadenas de una versión ucrónica de la historia y reposicione los fragmentos de conocimientos en el contexto de una unidad total, impide que una visión ideológica, lineal, dualista y reduccionista de paso a un Conocimiento tal, que haga de la Información, la función recta que la define en su sentido original. Por su contrario, la inclusión de esta “vox temporare” así como los otros principios epistémicos y sus artefactos derivados del Bioanálisis, auguran una nueva perspectiva en la cual una vez definida su epistemología, la primera gran tarea es la síntesis de la información existente a la fecha, y de crear las condiciones metodológicas de la construcción de un Paradigma unificado.

La falta de un Paradigma Unificado ha impedido consolidar dicho conocimiento -incluido el de Aparato Psíquico- en un sistema propiamente científico, que es decir una dimensión de conocimiento, de realidad y de verdad. En su ausencia, aun nos encontramos bajo el imperio de una religión monolítica que genera conocimientos bajo la forma de una pseudociencia cartesiana, positivista y mecanicista, creando un estado de multiversos, donde la adscripción a uno u otro modelo teórico, replica un estado de la religiosidad, donde coexisten diferentes sistemas de creencias con ideas comunes o diferentes, y diversos grados de realidad e ideología. De un modo u otro, como consecuencia de una “intolerancia al principio de incertidumbre” que precede a todo conocimiento, estas posiciones construyen “relatos” que a falta de conocimientos veraces, ordenan y construyen datos según una lógica saturada de valores propios, no reparando en lo que no entiende, y sostenida por una fe y una praxis que las autolegitiman, frente a sus propias cofradías.

Todo lo anterior en relación con una reflexión sobre la sobreproducción de escritos que pareciera indicar el sinsentido de seguir generando más y más textos, frente a la necesidad de empezar a revisar las elaboraciones hasta la fecha realizadas y determinar su valor de aporte. La proliferación de libros, artículos y escritos basados en el modelo de cientificidad propios del siglo XIX y XX, convertido además hoy como nunca, en un modelo de inteligencia de negocio y de restricción del saber al poder adquisitivo, solo aumenta los niveles de Infoxicación, a la vez que perpetua el *statu quo* de una ciencia que avanza subordinada al ejercicio del poder y del lucro. La falta de una actitud que asuma que el reto actual de un Paradigma unificado consiste en trabajar por categorizar los continuo de fenómenos a considerar, por crear subcategorías de estos, y acotar los límites del objeto estudiado, con miras a consensuar el conocimiento alcanzado como tal y a abrir líneas conjeturales de lo aún pendiente, sigue siendo el punto de inflexión hacia una Ciencia del siglo XXI.

Tras la propuesta de empezar a trabajar en construir las bases de un Paradigma Unificado en Psicología y Psicomedicina, buscando la metodología para sistematizar miríadas de datos de información, de construir los rizomas necesarios para dar coherencia a este dominio, de cribar entre invento, fabula y conocimiento, se encuentra la invitación al esfuerzo común de construir una gran matriz a partir de la cual acotar temas de estudios, consensuar conocimiento y conjeturas con un colectivo amplio y no solo con los propios, identificar el conocimiento cierto del conjetural asignándole a cada uno el dominio que le corresponde, y fundamentalmente llamar a interrogar a un Yo que hizo de la ilusión del conocer un valor de su identidad, ahí donde la respuesta era la aceptación de que cada uno es, un instrumento de una fuerza mayor, cuya expresión última busca plasmar su propia unidad biopsíquica, como entidad única y como parte de una unidad superior.

**ALSF**

*Volver News-8 ALSF*